

“Habla, habla, habla, habla.”
[Sobre mi abuelo]

Nuno Ramos

En “Viaje de familia” de Drummond, uno de sus poemas más intensos, la sombra del padre lo lleva de la mano. Caminan juntos por la casa, por la ciudad, por el pasado, por la montaña que había. *Sin embargo, nada decía.* Este verso, que cierra cada una de las diez estrofas, deja en suspenso *aquel viaje patético/a través del reino perdido*, como si todo lo vivido, cuya riqueza el poema enumera, pudiera no haber existido. La vida, aquí, parece desperdiciada desde el comienzo, guardada en las aguas que cubren *el bigotella familia, Itabira, todo.*

Al contrario de aquella sombra del padre –aquella *falta que ama* (título de un libro de Drummond), donde todo comienza–, creo que la de mi abuelo habla, locuaz. *Habla, habla, habla, habla* (un verso del mismo poema). No hay nada que se lo impida. Habla por todos lados, desde el dolor de algún modo *soportable* de su muerte. Habla en la piel sarpullida, llena de granos, de su nariz (mi abuelo tenía una nariz inmensa), en el blanco-beige de las paredes de su caserón en Perdizes, en la aspereza de sus manos causada por

la psoriasis (palabra tan desagradable como la enfermedad), en el modo de servir el arroz, enumerando los nutrientes. Habla en la voz (¿cómo es posible *recordar* una voz?) demasiado alta, en la sordera pícara, siempre al servicio de sí misma y en la alegría difusa, un poco gritona, que llevaba a todas partes y que encontraba, sin dudas, en la carcajada, el símbolo supremo de su reinado.

Habla también a través de detalles insignificantes y misteriosos, pequeñas dudas que nunca pude responder cabalmente y que debido a eso ganaron una importancia decisiva para mí; para empezar, aquella piedra tosca, siempre humedecida, que servía de banco bajo la *pitangueira*, donde solía conversar con él. Era de un granito sin pulir, una placa maciza que parecía haber nacido allí. Siempre quise saber, pero nunca pregunté, cómo fue que llegó hasta ahí. ¿La subieron por la escalera? ¿Usaron cuerdas? ¿Pasaron por encima del muro? ¿Ya estaba ahí? ¿Por qué siempre estaba tan húmeda? ¿Sería a causa de las pitangas que se pudrían encima, atrayendo a los pajaritos, y que volvían lindo y lúgubre a la vez, aquel rincón del jardín? ¿Y ese tronco muerto, con ese agujero tan grande que servía para esconderse? ¿Qué pasó con la parte de arriba del árbol? ¿Se cayó? ¿Fue un rayo? ¿Por qué teníamos que comer mamón todas las mañanas? ¿Para qué usaba él un calzador cuando se calzaba los zapatos? ¿Eran realmente tan apretados? ¿Por qué se frotaba los dedos de la mano (yo casi podía oír el ruido) cuando no encontraba una palabra? ¿Y ese estornudo atronador? ¿Dónde aprendió a estornudar así, sacando un poco antes, con sincronía perfecta, el pañuelo enorme del bolsillo de atrás? Creo que podría

enumerar infinitamente preguntas de este tipo, casi insignificantes, pero en las cuales (como en el banco de piedra) una especie de humedad misteriosa se deposita. Tal vez sea justamente esa desproporción entre la insignificancia de la respuesta que hoy puedo encontrar y la enormidad de la pregunta de treinta años atrás lo que dejó ahí lo más precioso, como pequeñas *madeleines* preservadas en su espanto. (Si pudiese, no preguntaría a los muertos sus secretos más profundos, sino sólo aquello que responderían con la mayor indiferencia, casi en un gesto de desdén, sorprendidos por mi curiosidad).

Me gustaría principalmente saber qué era lo que hacía de él, al fin de cuentas, un *hombre importante*. Sí, porque el barrio entero, los postes, los perros, todos parecían estar de acuerdo en eso, con una conciencia difusa que ganaba realidad justamente porque venía de todas partes, de sus colegas del Instituto Butantá o del Adolfo Lutz, de la admiración callada de mi abuela (y sus pequeñas decepciones), del *señor profesor* que al dueño del quiosco de diarios (donde los viernes yo compraba doce historietas, precisamente doce, según lo acordado) le gustaba utilizar cuando le contaba el vuelto. Parecía que todos lo halagaban, como si fuese un poco consentido, un niño que sin embargo ya hubiese vivido. A su supuesta importancia se sumaba el hecho de que nada en él, nada de lo que conocí en él, inspiraba algún temor. Cuando necesitaba, se defendía a través de un tierno chantaje, extremadamente eficaz y que alguna vez me hizo llorar: *No sabés hasta qué punto se va a poner triste tu abuelo*. Tal vez fuera decisivo para esa estrategia el

hecho de ser un hombre realizado, de mantener en reserva un saldo positivo. Este saldo era su garantía, su inviolabilidad, su amuleto para que la vida no lo hiriese mucho. Tal vez por eso yo haya guardado de él, como de nadie más, la imagen de un hombre feliz. A excepción de la muerte y de la ceguera, a los que les tenía pavor, nada parecía poder lastimarlo.

Es cierto que sabíamos de sus hazañas, como viajar por todo el Asia para denunciar la guerra bacteriológica norteamericana en Corea, haber prohibido la Coca-Cola en el municipio de San Pablo porque no traía la fórmula estampada en la botella (para nuestra tristeza, en casa de mi abuela sólo entraba Guaraná), haberse candidateado como diputado del PC, haber sufrido una persecución mezquina en la Universidad Paulista al inicio de la dictadura y, pocos antes de su muerte, con 75 años de edad, haber ido preso, con los ojos vendados e interrogado por los DOI-Codi. Siempre bajo la forma de David contra Goliat, sus historias componían un fabulario familiar en el que el bien y el mal tenían un contorno absolutamente nítido. Pero a pesar de cierta sacralidad, la verdad es que esas historias no eran más que una lista de fundamentos de la evidencia más inmediata, cotidiana y epidérmica de su importancia.

No sé precisar cuánto de este sentimiento tenía como telón de fondo la autoanulación paradójicamente feliz de mi abuela. No se trata tanto, tal vez, de que se anulase, en el sentido de una virtud que por falta de ejercicio acaba creando una herida; sino que ciertamente había en torno de ella una potencia, una intensidad

que pedía liberación, como el blanco apretado en espiral de su cabello (así de blanco desde que era joven, como si la vejez fuese su elemento natural) que al soltarse parecía revelar alguna cosa terrible. Había en ella un súbito pasaje al *acto* que sólo mostraba hasta qué punto había estado contenida hasta entonces y que le daba también una agilidad insospechada, como el cigarrillo que simplemente le arrancó de la boca, con un gesto de cine mudo, a una estudiante durante un show de Chico Buarque, en el teatro Tuca; como el bastón que casi le tiró en la cara a uno de mis tíos, mientras le decía *No habléis mal de Stalin, no habléis mal de Stalin*; como (es el recuerdo más bonito que guardo de ella) el modo en que cierta vez tiró para arriba, uno por uno, los billetes de su billetera mientras repetía *Esto es mierda, Nunito, esto es mierda*. En esos momentos, por más grande que fuese el sectarismo de sus opiniones o su incapacidad para lidiar con los desastres de la izquierda, la *terribilitá* de su persona la redimía, en un vaho de grandeza mayor que cualquier contenido. Más aún (y viendo hoy, desde afuera, eso parece lo más espantoso), toda esa potencia estaba aprisionada en una escena de familia; nosotros éramos su único objeto, sus únicos testigos. Así, por más que el bienestar de la humanidad estuviese siempre a la orden del día (y cada palabra, cada uno de sus gestos, parecía medirse con eso), era a nosotros que esa humanidad finalmente se resumía.

En verdad, tal vez hubiese entre mi abuelo y mi abuela una inversión curiosa: los valores objetivos, políticos, venían secretamente de ella (a pesar de que el gran hombre, el sanitarista

público, el candidato a diputado fuese él) y los valores subjetivos, afectivos, venían secretamente de él (a pesar de que el ama de casa, la madre, la abuela, fuese ella). Pues, aunque por un lado era él quien me alzaba, quien me contaba (sin mucho talento) historias a la hora de dormir, quien hacía la siesta conmigo después del almuerzo (con pijama y todo), por otro, siempre lo encontré fuera de su elemento en las discusiones sobre política. Su sordera en ese momento de nuevo le servía, pues podía, justificadamente, dejarle todo el terreno a mi abuela. Cuando se trataba de estos asuntos, lo que aparecía auténtico en él era una especie de *commiseración* que irradiaba al hablar, siempre frotándose los dedos como a la búsqueda de las palabras. A este compadecerse, de algún modo femenino, se sumaba la autoridad masculina de haber estado ahí, de hablar por experiencia propia, de haber probadamente destinado su vida a mejorar la vida de los otros. Esos dos elementos se combinaban en una delicadeza muy suya, en la que la experiencia médica de atender a *cada* paciente parecía prevalecer sobre las grandes migraciones políticas de aquel fin de la Guerra fría, en el cual mi abuela era soberana.

De todas formas, la política era el telón de fondo diario de aquella casa, en una proporción difícil de imaginar hoy en día. No podíamos dejar comida en el plato porque había niños pasando hambre; no se cargaba el auto en otra estación de servicio que no fuera Petrobras; el jardín estaba repleto de árboles brasileiros (*pau-brasil*, *pau-ferro*, *pitangueira*, etc.); después del *Feliz cumpleaños* tradicional, traducción del *Happy birthday to you* norteamericano,

cantábamos otra melodía, parecida a un vals, auténticamente brasileña; mi abuela, que era medio amarreta, pagaba generosamente al nieto para que aprendiera de memoria pasajes de *Navío negrero*, de Castro Alves. En verdad, la política era aquí sinónimo de nacionalismo, y el nacionalismo, como dijo Drummond en un poema de finales de los años '20, era una virtud. Esta virtud, que atravesó el siglo con su mezcla de ceguera y generosidad, se eximía de complejidades analíticas. En sus verdades simples y elementales (el capitalista/imperialista ganancioso, de un lado, y el pueblo/país pobre expoliado, de otro) tal vez hubiese una especie de religiosidad laica, tan poderosa como ingenua, que ganaba efectividad a partir del sufrimiento de tanta gente presa, muerta, torturada o exiliada por su causa.

Estos asuntos genéricos, debido a que estaban exentos de conflicto interno, encajaban con mucha facilidad en la vida de la casa, en el tiempo de la casa. Sí, porque alguna cosa muy lenta, similar tal vez al crecimiento de las plantas —a los numerosos helechos y culantrillos, cuyos gajos no podíamos romper— organizaba los días allí. El juego de paciencia al final de la noche, la siesta en la hamaca, los rosales de mi abuela, el tomate que comían las tortugas, los libros encuadernados que ya nadie leía, el humo blanco de la basura quemada, los carozos de mamón en el diario viejo, todo tenía un tiempo diferenciado, que el barullo del tránsito en la Cardoso de Almeida, a pesar de aplacarse por el jardín silencioso, venía a estorbar. Tal vez la antigüedad de los muebles y del caserón, así como de los árboles enormes, se transfería para

todos allí dentro; tal vez la armonía de fondo entre mis abuelos aislaba la casa, y a los que estaban en ella, de la urgencia indiferenciada de la vida; o tal vez fuese apenas su vejez y su cansancio, los primeros signos de esa especie de torpor con que la muerte anuncia a los viejos su llegada. Para mí, que iba todos los viernes para allá, esa lentitud se sublimaba en un encantamiento, un misterio debajo de la cama, detrás de las cortinas, en el cuaderno de cuero o en el aroma de lavanda que no sé bien cómo calmaba al niño extremadamente ansioso que fui.

Tal vez esa lentitud diseminada indicase simplemente el largo tiempo allí acumulado, como un lastre subterráneo que sólo aparecía de manera indirecta. La fragilidad física de mis abuelos (su incapacidad de saltar, de correr, su necesidad de leer de muy cerca, la morosidad increíble para salir del asiento trasero del auto, el sufrimiento para subir las escaleras) parecía en verdad ligarlos a un mundo anterior a mí y que no conocí, pero que les pertenecía. Ese mundo era la única explicación para aquello. Era él el que los volvía lentos, que los ensordecía y retiraba el color de sus retinas. Sus articulaciones dolían como un tributo a esa vida que tuvieron, anterior a la mía, que admiraba y hasta envidiaba. Así, si por un lado parecía horrible (*¿Mi cuerpo va a convertirse en eso?*) su vejez también era preciosa, como un trofeo.

Yo ya no era tan pequeño cuando mi abuelo comenzó un proceso de esclerosis múltiple fulminante, que lo enloqueció paulatinamente y acabó dejándolo con la boca abierta en una cama de hospital, con un tubo dentro de ella para inyectar

periódicamente, haciendo un estertor horrible, aire en sus pulmones. No estuve muchas veces con él en ese período. Me acuerdo de verlo, no obstante, todavía en su casa, corriendo de su cuarto para aquél en el que yo solía dormir y diciéndole a las personas: *¿Vos me querés matar?* Sin embargo, me acuerdo también cómo esa progresión inexorable, desde pequeñas confusiones de fechas y olvido de nombres hasta una especie de delirio persecutorio, no logró jamás transformarlo enteramente en un extraño. Pues parecía propio de su papel soberano exponer con fragilidad infantil el miedo que tenía a morir. Era suyo, aún allí, el privilegio de no esconder nada.

Cierta vez, cuando íbamos a hacer la siesta, se tapó los ojos con las manos y me dijo: *¿Ya pensaste, Nunito, lo feo que es quedarse ciego? ¿Quedarse en la oscuridad para siempre?* Yo me tapé los ojos como él, y luego intenté abrirlos, afligido, pero sin querer él había apagado la luz y creí que ya no estaba bromeando. Se rió mucho de eso, como si se riese de la muerte.

(Traducción de Irina Garbatzky)

Versión digital: www.celarg.org